caso de supervivencia, como todos, supone antes un estado más abundante y superior. Solitario el eúskaro, reducido á la pequeña extensión que hoy tiene, abandonado de los suyos, rodeado de enemigos sin semejanza con él, hubiera desaparecido ya. No se concibe una existencia tan larga en tales condiciones. Es preciso suponer que es un resto de una cultura general anterior, de un gran imperio acaso, sin historia, ó por lo menos, de una porción de tribus de una misma raza, ocupando una gran extensión del continente.

Precisamente la causa ó motivo que hace dudar á M. Bladé de que los nombres que hemos citado más arriba sean eúskaros, es el mismo que nos confirma á nosotros más, en que lo son, ó por lo menos en que han salido de una fuente anterior que pudo dar origen á los idiomas que los emplearon y al vasco mismo. Así tenemos, por ejemplo, la famosa radical ó palabra *uri* ciudad, en eúskaro, conservada en las inscripciones cuneiformes con el valor fenético turaniano *uru* y con la significación asiria de *alu*, ciudad. A nadie se ocurrirá decir por esto que el acadiano y el asirio procedan del eúskaro, ni éste de ellos, sino que esta palabra *ur*, significando ciudad, es una de las más antiguas del lenguaje humano y que ha sido heredada, por estos tres idiomas, de otra lengua más anterior y primitiva. A pesar de todos sus defectos, Astarloa y Humboldt están, pues, más en lo cierto que M. Bladé en lo que se refiere al sistema de interpretación de la toponymia ibérica é itálica.

No podemos seguir adelante sin tropezar siempre con negaciones de este crítico, que nos obligan á tener que criticar á nuestra vez á la crítica misma, representada por él, en lo que al vasco se refiere.

Entre los nombres de lugares que el sabio prusia-

no presenta como incontestablemente íberos ó eúskaros, se encuentran, por ejemplo, *Illunum* y *Bilbilis*. Según Humboldt, Illunum de los Bastetanos (1) proviene de Iluna, oscuro, negro, que se emplea para designar un cielo nebuloso. «Yo no veo, dice M. Bladé, cómo una ciudad podrá sacar su nombre de un cielo nebuloso; pero sé que Iluna está formado de dos palabras: la primera es la radical *il*, *illa*, matar, morir, muerto, y la segunda luna. Illuna significa, pues, privado de luz, oscuro. Pero luna viene del latín y no puede servir, por consiguiente, para interpretar un nombre de lugar anterior á la importación de esta lengua en la Península.»

¿Qué es lo que se habrá propuesto M. Bladé con este comentario? La contradicción en que cae es manifiesta: él quisiera interpretar esa palabra por el latín; pero reconoce que Illuna es anterior á esta lengua en la Península, y se ve precisado, á pesar de su repugnancia, á admitir esa etimología del «cielo nublado» y á conformarse con ella. Nosotros, sin embargo, no nos conformamos, porque Illuna en vasco es pura y sencillamente un *sitio oscuro*, nombre que conviene como otro cualquiera y que puede estar muy bien adecuado á un antiguo pueblo de la raza eúskara. Las terminaciones *un*, *una*, significan, según Astarloa, á quien no se puede negar un profundo conocimiento de la lengua, un lugar, un sitio, lo mismo que las otras terminaciones *eta* y *aga*.

Siempre, según Humboldt, «Bilbilis en la Celtiberia como Bilbao en la actualidad, vienen ciertamente de las radicales, *pil*, *bil*. De la primera se ha formado *pillatu*, de la segunda *bildu*, las dos con la significación de amontonar. Pero bildu envuelve también la idea

(1) Ptolomeo II. 47.

de *juntar*, *recoger*, *reunirse*. El análisis da, pues, muy naturalmente, el sentido de lugares ó ciudades de reunión». El vascófilo más exigente no tendría nada que reprochar á esta etimología de Humboldt respecto de Bilbilis y de Bilbao; pero M. Bladé no puede creer que *pil* y *bil* sean una radical propia del vasco. Gracias que conceda que en esta lengua sea: *p=b;* por lo demás, el eúskaro, según él, no ha hecho más que acordar hospitalidad á esas raices; porque se encuentran en bajo latino: pillota, en italiano; en español y en provenzal, pelota; en francés pelote, pile, empilér; es decir, reunión, amasijo, agregación, etc. «De modo, que Bilbilis, fundada antes de la venida de los romanos, como Illuna, tendría una etimología latina ó no tendría ninguna. Hemos dicho que la causa principal de los errores de aquel crítico consiste en la preferencia acordada por él á la lengua latina siempre que se trata de establecer alguna reducción cuyos términos son parecidos en vasco y en latín. En caso de duda, supone siempre que el vasco se aprovechó de palabras latinas, y no puede suponer, en su desconocimiento de la evolución, que el eúskaro como el latín y otros idiomas tengan ciertas raices y aun palabras hechas, de un idioma anterior; y, sin embargo, el presente caso es buen ejemplo de esto: palabras iguales ó con la misma raíz, conservando idéntico significado, que el vasco no pudo tomar del latín, por haberlas usado acaso antes que esta lengua se formase, y que el latín tuvo que tomar de otra en la que debieron existir primero; no es decir esto que no tenga el vasco algunas palabras de origen latino, introducidas después de la dominación romana, que como *era*, *ora*, *ceru*, y otras, tienen un sello de novedad que es difícil de confundir con las verdaderamente arcaicas. Además, la palabra latina, admitida en eúskaro, queda aislada y sola; si es sustantivo, no se verbifica, y si es verbo no se sustantìva; es decir, que no llegan á tener transcendencia jamás en esta lengua, y se distinguen también en que expresan objetos, abstracciones y necesidades de una sociedad más adelantada. Es, por lo tanto, impropia de una crítica seria la explicación por el latín, en todos casos, de los parecidos que puedan presentarse en ambas lenguas.

Lo mismo pudiera decirse de otros reparos que M. Bladé pone á la toponymia ibérica de Humboldt, que de la de Astarloa en su mayor parte. No concibe, por ejemplo, que Ilarcuris pueda significar arbejal ó pueblo de arbejos, ni que Lassisa pudiera llamarse la ciudad de las cenizas; sin hacerse cargo de que hoy todavía, el pueblo del Escorial y el palacio de las Tullerías no deben sus nombres sino á otros tan humildes como escorias y tejeras. No comprende tampoco que el *ach* ó *aitz*, igual á roca ó piedra en eúskaro, pudiera convertirse en *ast* para formar el nombre de multitud de ciudades, siendo ese tránsito tan natural sobre todo en boca de pueblos que ya no conocen la pronunciación vasca. Es cierto que hay otras palabras en eúskaro cuya formación ó parte esencial es el *ast;* pero su significación no es tan adecuada ni primitiva para poder dar nombre á los lugares. Los nombres que con esta raíz, llevan consigo el *ur* ó *uri*, vasco también, como Asturias y Asturica ó Astorga, tienen un sello eúskaro innegable que viene á confirmarse, más si cabe, con lo adecuado de la significación. Y á propósito de esta palabra *aitz* debemos hacer notar que en ninguna lengua se puede estudiar mejor la historia de las palabras. Esta, por ejemplo, nos hace tocar las edades prehistóricas y es indudable que fué usada y formó parte de alguna lengua hablada por los hombres de la edad de piedra; y la prueba está en los

compuestos: *aizkora*, el hacha, *aitzurra*, el azadón, y *aiztto*, cuchillo, empleados todavía en las provincias vascongadas, que nos hacen conocer la materia con que se fabricaron en un principio estos instrumentos prehistóricos. Hé aquí palabras bien antiguas, y que sólo el eúskaro conserva con carácter tan probadamente arcáico. Y no se diga que estas son etimologías de un vasco, ni de Larramendi, ni de Astarloa, ni de Humboldt que pudieran parecer parciales, sino del hombre que sabe hoy mejor que nadie el eúskaro, del príncipe L. L. Bonaparte (1).

Por último, M. Bladé, siguiendo en su tema de rebajar la importancia del eúskaro, llega hasta negar la conversión natural de la *r* en *l*, en *iria*, *uria*, *ilia*, *ulia*. Este tránsito, sin embargo, está reconocido por todos los filólogos; es una de las leyes de Grimm, confirmada por la observación en los idiomas indo-europeos y regla general y constante en todos los demás. Los romanos sustituyeron muchas veces la *l* á la *r*, en los nombres íberos, y dijeron, por ejemplo, Iliberis por Iriberris, lo mismo que los españoles en el Perú dijeron Lima, por Rimac, y que los chinos llaman á los franceses *folanci*.

Ya hemos hecho notar que todas las ciudades cuyos nombres cita M. Bladé, casi asombrado de que se quiera ver en ellas algo eúskaro, pertenecen á pueblos y á razas que tuvieron sin duda un fondo común de raices, sino con el eúskaro, con una lengua análoga, anterior á todas ellas. No tiene, pues, nada de extraño que las palabras *uri* ó *iri*, *uli* ó *ili*, conservadas por el vasco en su verdadero significado, entren en la formación de esos nombres de pueblos tan diferentes y

(1) V. *Etudes de Lingüistique et d'Ethnographie*, pág. 238. Hovelaque, A. Vinson.

tan distantes entre sí, cuando se sabe que la tradición hebrea hace proceder al pueblo elegido, de *Ur*; que en latín el nombre por excelencia de la ciudad es *Urs*; que el griego *polis* se reduce naturalmente á *oris* ó *uris* sin más que eliminar la *p* enfónica, usada también en el vasco; que en alemán *Dorf* y *Bolk* tienen por núcleo el *ur*; y que en fin, el acadiano *uru*, *eri*, de los cuneiformes es, como ya hemos hecho notar, el nombre *alu* de ciudad, en los asirios (1).

Es esta, como vemos, otra palabra de larga historia y de alta antigüedad, que el vasco conserva también en toda su pureza primitiva.

Creemos, sin embsrgo, que los compuestos con *eli* no deben reducirse á *uri*, puesto que *eli*, tiene una significación en vasco que no es precisamente la de pueblo, sino de reunión y que pudo dar lugar á nombres de ciudades.

Ahora, esta persistencia de las palabras *uri*, *iri*, *eli*, *ur*, en tantos nombres de pueblos, ciudades y ríos como citan Humboldt y Astarloa, y copia M. Bladé, ¿no hace sospechar con fundamento que pudieron ser designados así en idiomas oriundos de una lengua eúskara ó al menos muy próxima y parecida á ella? Que esto no tiene nada de imposible, sino que es al contrario lo más lógico, se comprende en seguida recordando lo que hemos dicho respecto de la evolución en el lenguaje.

El libro en que Humboldt, secundando á Astarloa, dió á conocer la toponymia eúskara (2), tuvo un éxito del cual se lamenta M. Bladé. Los cuerpos sabios,

(1) V. *Assyrian Grammar*, *A. H. Sayce*, *Silabary*, pág. 5, Londón.

(2) *Recherches sur les habitantes primitifs de l'Espagne*, 1821; Humboldt.

dice él, han acordado á esta obra sus recompensas y sus supremos elogios.

Silvestre de Sacy (1) la ha aprobado sin reserva; Michelet, le concede entera fe (2); Jauriel (3), Amadeo Thierry, Ampér (4), y la masa de historiadores, filólogos y numismatas, han seguido la vía trazada por Humboldt. M. Bladé, á pesar de las cortapisas que pone al sistema de interpretación de Humboldt, no logrará contrarestar tan poderosos testimonios, porque en esta materia por lo menos, la razón no le asiste, según hemos procurado demostrar aunque no de una manera completa, pues la índole de estos estudios no nos consiente descender á todos los detalles. *Inteligenti pauca.*

VII.

No es M. Bladé, ciertamente, el único crítico enemigo de la extensión y de la influencia del eúskaro. Parece haberse puesto de moda la idea de prescindir del vasco en los estudios filológicos, ó por lo menos, dejar de considerarle como lengua digna de profundo estudio por su importancia. «Si el sistema de Humboldt, dice un académico español, pudo seducir en otros tiempos, hoy se encuentra próximo al más completo desprestigio, pues hasta sus mismos partidarios contribuyen á arruinarlo.»

Sí; es verdad; en el hecho, tiene razón el Sr. Tuvino; pero, ¡qué manera tan superficial de ver las cosas no revela esa crítica que juzga y condena el sistema de

(1) *Journal des Savants*, 1821: págs. 587-93 y 643-650

(2) Michelet, *Histoire de France*, págs. 237-47.

(3) *Histoire de la Gaul. meridionale sous les conquerants Germaniques*, tomo 2.º

(4) Ampér, *Histoire Romaine á Rome.*

un hombre de genio, que después de todo ve más por intuición que los hombres de detalle con su ciencia, tan sólo por algunos defectos ó equivocaciones! ¿Qué importa que Phillips, por ejemplo, reconozca cuán exageradas y gratuitas son las pretensiones de Humboldt, intentando explicarlo todo por el vascuence, lo cual no es cierto, pues Humboldt reconoce las influencias celta, semita y aryana en la Península, ni dice que el vasco sea la lengua ibérica toda, sino *la más antigua forma de lenguaje* que se habló en España; ó que Zobel de Zangronis y otros, supongan ilegítimas sus conclusiones, echándole en cara no saber á la perfección los ocho dialectos eúskaros? ¿Los saben ellos acaso? El único que podía ser voto en la materia es Van Eys; pero Van Eys no sale precisamente de los dialectos; no estudia ni comprende los tránsitos sino dentro de los dialectos. ¿Qué se quiere que salga de esta crítica mezquina cuando es preciso seguir la evolución de una palabra á través de mil choques de lenguas diferentes que la hacen desgastarse, para reconocerla aún? Van Eys, demuestra, por ejemplo, que *acha*, *aitza*, nunca se ha convertido en *asta*, puesto que *ach*, vizcaino, es *aitz*, guipuzcoano, y *haich*, laburdino, habiéndose perdido la *i* como en *aize* que los vizcainos pronuncian *ache*. Resulta, pues, que *aitz* ó *ache*, nada tienen de común con *ast*; y de esto se deduce que la filiación eúskara de los lugares que empiezan con *ait*, desaparece por completo, y se sospecha que *ait* venga del griego ó quizás del fenicio.

Veamos esto; aparte de los nombres existentes en las mismas provincias vascongadas donde todo es eúskaro, fuera de la posterior influencia romana, como *Asta*, *Astequieta*, *Astoviza*, *Astorga*, *Astulez* en que por precisión el *ast* significa roca, hasta por la coincidencia del sitio, ó no significa nada, tenemos que

Van Eys discurre de este modo: no hay hoy ningún dialecto eúskaro en el que *ast* signifique roca; este nombre se expresa en eúskaro por *ach*, *aitz* ó *haich*; es claro, pues, que los nombres en *ast* no son eúskaros; y sin más, queda resuelta la cuestión para él y para otros vascófilos que podrán ser muy ilustres como tales, pero que no debieran meterse en otras cosas ajenas acaso á sus estudios.

¿Qué importa que el más profundo conocedor del eúskaro asegure que en ningún dialecto se trueque *ura* en *ula* ó *uria* en *ulia*? ¿Quién le dice á él que si vienen mañana unas hordas chinas por ese país, en la dificultad que tienen de pronunciar las *erres*, no las truequen en *eles?*

No ha querido nunca decir Humboldt que el tránsito se hiciese en los dialectos mismos, sino en el choque con otras lenguas nuevas. Figurémonos que á la venida de los celtas ó de los romanos, la palabra Asturias fuese Aitzuriac ó *Achturiac*; es claro que los celtas ó romanos procurarían simplificar la pronunciación diciendo Asturias. Hé aquí explicados bien sencillamente todos los inconvenientes. Esto, dado el caso de que no fuese *ast* una forma paralela antiguamente de las otras tres, como debe suponerse en vista de los nombres existentes aun en las provincias. Pero ¡ya se ve! para ciertos hombres que no ven más que el detalle en todo, algunos errores ó descuidos de Humboldt son imperdonables. ¡Qué es eso! ¡Hacer venir Astigarraga de *ast* roca, siendo así que viene de *astigar* tilo! ¿Y llegar á creer que Urbino y Orbieto procedían del eúskaro, cuando Urbino fué antiguamente *Urbisbina* y Orbieto *Urbs-Vetus* como lo ha demostrado Charnock!

¡Ah *señores críticos!* cuando un escritor abarca la inmensidad de cosas que abarcó Humboldt, no puede

ocuparse en todos los detalles; él sabe que algunos errores de poco más ó menos van en sus obras y deja al tiempo el cuidado de enmendarlos; pero un par de errores locales no pueden anular un sistema repleto de hechos y de pruebas, lo mismo que media docena de críticos gramaticales no bastan para hundir á Humboldt. Cuando uno de estos hombres de genio viene al mundo con una misión científica, no hay ejemplar de que su intuición le engañe en las grandes lineas de una teoría. Y que Guillermo de Humboldt es acaso un lingüista superior á todos, lo prueban su espíritu de investigación analítica, su vasto tesoro de práctica ciencia etnográfica y el uso que hizo del estudio de las lenguas, empleándolas como medio de llegar á un conocimiento más exacto de las formas del pensamiento y viendo en su desarrollo armónico una fuerza superior á la mente humana.

El más prudente de todos estos críticos, aunque inclinándose al parecer de Van Eys y Vinson, es M. Abel Hovelæque: «Pensamos, dice, que el nombre de Humboldt no basta para producir convicción. Posible es que sus presunciones hayan sido justas; posible es y hasta *verosímil* y *probable* que los antiguos habitantes de la Iberia hayan hablado una lengua aliada al vasco ó quizá una forma más antigua del vasco; pero no admitimos de ningún modo que esto se halle probado.»

No sabemos qué clase de pruebas serán necesarias para llevar la convicción al ánimo de los modernos críticos. Tenemos, este es el hecho, la lengua eúskara sola y sin parecido á las faldas del Pirineo; no hay recuerdo tradicional ni histórico que se refiera á la invasión ó llegada de tan extraño pueblo, como hay de los celtas ó de los germanos; existen huellas y vestigios diseminados en todas partes de España, de

Italia y hasta de Grecia, si bien, mezclados á veces y desfigurados en parte por otros pertenecientes á pueblos sobrepuestos á causa de diferentes y posteriores invasiones; estos vestigios ó nombres eúskaros de localidades, tienen todo el sabor y el aire de familia de los vascos actuales y (lo que es decisivo por las coincidencia) tienen verdadera adecuación entre el significado y el sitio; ¿cómo no confesar que son eúskaros? Esta es la piedra de toque. El mismo Humboldt, al dar la etimología vasca de Astura, en Italia, lo hace con timidez y recelo, confesando que no hay rocas en las arenosas riberas de aquel río. Hoy se cree que Astura procede de *Stura*, que viene á su vez del céltico *dur*, agua. Enhorabuena; pero este *dur* pudiera demostrarse que, á pesar de ser el nombre del agua en celta, ha tenido una forma más antigua en el *ur* eúskaro, agua también, ó mejor dicho, en un antecesor de ambos idiomas. El eúskaro emplea la *t* eufónica antes del *ur*, en ocasiones, sobre todo en composición; y el nombre de *iturri*, fuente, no tiene otro origen. Bien visto, pues, si Humboldt se equivocó en la etimología de Astura, no es menos cierto que á la larga, se encuentra esta etimología más arcáica en el eúskaro que en ningún otro idioma, pues conserva en él su núcleo en la forma más simple y primitiva: *ur*.

Por lo demás, importa poco para los fines de la ciencia que los primeros habitantes de España hayan hablado ó no hayan hablado el eúskaro; basta sólo reconocer en esta lengua un resto del lenguaje primitivo, conservando raices y formas antiquísimas y más puras que otro cualquier idioma de los que han podido influir en la religión y cultura de nuestra raza.

Pero no es fácil saber qué otra lengua pudo haber sido hablada en el Mediodía de Europa antes de las invasiones aryanas, como no sea el eúskaro ó dialectos, antecesores suyos, de la misma familia. De ningún otro idioma quedan restos anteriores á esta época. ¿No se impone como lo más natural, sencillo y verosímil el creer en la dominación de una raza mongoloide con civilización turaniana y lenguaje eúskaro en aquel tiempo? ¿No vienen á confirmar esto mismo los testimonios geológicos y los caracteres antropológicos? Pues si esto es así, ¿á qué ese empeño en negar la extensión y la influencia del eúskaro? ¿Por qué rebajar la importancia de los trabajos de Astarloa y de Humboldt? ¿Por qué no confesar que aunque no sea más que una hipótesis, así como pasa en las ciencias naturales, conviene suponer la existencia del eúskaro en los tiempos prehistóricos como punto de partida de la investigación científica?

Nosotros suponemos una invasión eúskara que se sobrepuso á los pueblos autochtonos, de raza khamítica, probablemente, ó *bereberes*, según motivos que hay para sospecharlo así (1); invasión, por otra parte, muy anterior á las invasiones aryanas.

Se ve, pues, como es posible reconocer gran importancia y extensión al eúskaro (2) dentro del método científico, sin pasar plaza de vasco-maniacos, que es el duro epíteto con que algún ligero escritor ha motejado á los exagerados partidarios del vascuence. Negar por negar se puede negar todo. ¿No ha negado Dugald Steward la existencia del sanscrito? Pero este descrédito del eúskaro pasará como pasa todo lo que no tiene razón de ser. Una reacción en buen sentido comienza á iniciarse ya. En la discusión sosteni-

(1) *Los aborígenes ibéricos ó los bereberes en la península*, por don Francisco María Tuvino.

(2) Siempre que empleamos esta palabra *eúskaro*, refiriéndose á tiempos antiguos, entiéndase: conjunto de caracteres antecesores parecidos.

da durante estos últimos meses en la importante revista inglesa *The Academy*. M. Julien Vinson, profesor de la Escuela de lenguas orientales vivas de París, ha sostenido con brillantes datos que el Oeste y el Norte de Europa fueron poblados en los tiempos prehistóricos por razas que hablaban lenguas que se refieren al tipo eúskaro.

Probada esta opinión, puede deducirse la uniformidad de lenguaje en toda Europa antes de las invasiones aryanas.

El origen y clasificación del eúskaro es, en nuestro concepto, cosa averiguada; llegó, pues, la hora de sacar las consecuencias de estos hechos y aplicarlos á la investigación científica.

LA ONOMATOPEYA BER.

Hemos visto que el eúskaro no se parece en su extructura á los idiomas indo-europeos, y que es una lengua conglutinada, cuyas analogías se encuentran, más que en ninguna otra parte, en los idiomas americanos. Añadiremos que tiene para distinguir los casos un sistema de proposiciones que la aproximan bastante á las leguas tártaras pertenecientes al Asia central y al grupo finés, grupo que comprende, no sólo los idiomas del Nordeste de Europa, sino todos los que se hablan en la Rusia septentrional hasta la extremidad del Kamtchatka.

Es de notar que el empleo de las posposiciones es anterior, en la evolución de las lenguas, al empleo de los casos, como éstos lo son al de las preposiciones. No hay ejemplar de que las preposiciones hayan sido usadas jamás antes que las posposiciones y los casos, y éstos no son más que el resultado de la conglutinación de las posposiciones á las palabras.

Hé aquí el procedimiento evolutivo en sus diferentes grados: primero la radical casi siempre monosilábica; después la radical seguida de posposiciones correspondientes al período de conglutinación; la ra-